Hannah. La zona oscura.

marcus turkill

Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

15 de mayo de 2013. Hogar de la familia Sullivan. Boston.

Sólo había sangre, sangre por todas partes, pero para Hannah aquello seguía siendo un sueño del que le costaba despertar.
Sus manos estaban manchadas del viscoso líquido. Su vestido de un blanco inmaculado también estaba sucio. Sus cabellos, del color del ala de un cuervo, habían adoptado el color rojizo de la sangre que los teñía. Todo era escarlata a su alrededor.
Sus padres, inmóviles, quietos, sin vida, reposaban en un charco bermellón, que iba agrandándose por momentos, amenazando con ensuciar la bonita alfombra que cubría el suelo del salón.
Sus hermanitos reposaban en distintos lugares de la casa, allí donde la muerte les había sorprendido.
Sus dos hermanas aún seguían en sus cuartos, ambas sobre la misma cama, con las miradas fijas en el techo, ojos sin vida buscando un cielo que ya nunca volverían a ver.
Su hermanito pequeño cerca de la entrada a la cocina, terriblemente desfigurado, en una retorcida postura que indicaba su larga agonía. Demasiado quieto para un chico tan travieso como él.
Y el bebé de la casa lejos de su cuna, flotando en las aquietadas aguas de la bañera, llena hasta el borde y con su rostro impasible escrutando el fondo.
Hannah permanecía en silencio. Su mirada fija en las cortinas que adornaban las ventanas del salón y que la suave brisa de la primavera agitaba perezosamente, trayendo olores del incipiente verano.
Tampoco los sonidos despertaban ecos en su adormecida mente. El sonido de las sirenas de una ambulancia y el de los coches de policía que se escuchaban todavía lejanos, como en otra existencia y que iban creciendo en intensidad al fondo de la calle ajardinada donde Hannah había pasado los últimos quince años en compañía de su familia.
Pero Hannah no estaba allí. Su mente flotaba muy lejos, por encima de sonidos, olores y movimientos.
Parecía un maniquí de esos que permanecen estáticos en los escaparates de los comercios, fríos e inamovibles, con su eterna sonrisa paralizada en sus rostros de plástico. Ajenos al ritmo del mundo y de la gente que cruza delante de ellos.
Seres sin raciocinio. Mentes vacías. Almas desamparadas.
Hanna no escuchó los gritos del policía que le ordenaba levantar las

manos y tirar el cuchillo.
El cuchillo manchado de sangre que aún permanecía en su mano y que aferraba como un hombre que no sabe nadar agarra un salvavidas recién arrojado al agua.
Tampoco notó cómo otro policía atenazaba su brazo obligándola a soltar el cuchillo, ni sintió el frío tacto de los grilletes que ceñían sus muñecas inmovilizándola. No sintió cómo la alzaban del suelo y la sacaban a rastras de su casa para introducirla por la fuerza en el asiento trasero del coche de policía. No escuchó el ronroneo del motor del automóvil cuando éste se puso en marcha, ni reaccionó ante las preguntas de los agentes de policía, horrorizados por la terrible escena que dejaban atrás. No, Hannah no sintió nada de aquello.
Y no volvió a sentir nada más hasta cuatro años más tarde.

Image not found.

Capítulo 2

1 - Olvido

13 de octubre de 2017. Bufete de abogados Barton & Carteret. Washington, D.C.

—Tendrá que ser hoy. Esta tarde a las siete en punto —James Carteret, abogado criminalista, sujetaba con fuerza el teléfono móvil en su mano izquierda mientras con la mano libre pasaba rápidamente las hojas de su agenda —. Ella ha vuelto a hablar...Sí, después de cuatro años... Nos han encargado su caso, pero antes quieren hacer una evaluación psicológica. Se encargará de ello un joven recién salido de la facultad. Su nombre es Jason, Jason Lowe...No, Henry, no le conozco aún. En estos momentos está aguardando afuera...No creo que esperen gran cosa. Su declaración no interesa a nadie a estas alturas, excepto a nosotros. Todas las pruebas recayeron en su contra, fue acusada, sentenciada y olvidada. Nadie se ha preocupado por ella en estos últimos cuatro años. Creían que nunca saldría del shock. Al parecer se equivocaban...Mandaré a Thomas Bennet a hablar con ella. Él podrá hacerse cargo. Creo que llevaré este caso personalmente...Sí, tienes razón, se va a convertir en el caso más mediático de los últimos años. Puede significar un buen empujón para nuestro bufete después del fracaso con el caso Stendhal...Bien, luego te cuento. Adiós, Henry.

James Carteret pulsó el botón de finalizar llamada del móvil y lo guardó en el bolsillo de su americana.

Se acercó hasta el amplio ventanal con vistas a Capitol Hill y observó a su alrededor. Era una vista impresionante la que podía observarse desde su despacho. A lo lejos el obelisco, uno de los muchos símbolos egipcios que había repartidos por la ciudad. Al frente, junto a la biblioteca del congreso, el grandioso capitolio con su blanca fachada de mármol. Unas vistas privilegiadas. Tan privilegiadas como el caso que les habían encargado gracias a sus contactos en las altas esferas. El caso de Hannah Sullivan, la niña asesina, como la bautizaron los periódicos sensacionalistas.

Nunca hubo pruebas suficientes para inculparla en el asesinato de su familia, por lo menos no definitivas, en opinión suya, pero todo estuvo en su contra. Se la encontró en posesión del arma homicida. Rodeada de los cadáveres de sus padres y hermanos y cubierta de sangre. Las huellas en el cuchillo eran las suyas. No había señales de que nadie hubiera entrado en la casa. Las puertas y ventanas no estaban forzadas y no se encontró ninguna huella o señal de alguien que pareciera provenir del exterior de la

vivienda. Todo eso y su incapacidad para explicar lo sucedido fueron suficientes motivos para que el juez encargado del juicio la hallara culpable de homicidio en primer grado. Fue encerrada en Albertson, el psiquiátrico para criminales con las mejores medidas de seguridad del país. Una fortaleza en sí misma. Un antiguo hospital para enfermos incurables, reconvertido en prisión. Un lugar de olvido.

James Carteret se acercó de nuevo a la mesa de su escritorio y pulsó el botón del interfono que le comunicaba con su secretaria.

—Amanda, haga el favor de hacer pasar al señor Lowe.

—Sí, señor.

—Gracias.

James Carteret se quedó de pie, esperando a que el joven entrara. Sonaron dos golpecitos en la puerta, antes de abrirse esta y de que Amanda hiciera pasar al joven psicólogo.

—Señor Lowe, es un placer conocerle —dijo James Carteret acudiendo junto a la puerta a recibirle. Le estrechó la mano y le hizo entrar en el despacho —. Haga el favor de sentarse.

Carteret se fijó en que el psicólogo, mucho más joven de lo que suponía, echaba un rápido vistazo a los amplios ventanales antes de sentarse en la silla que le ofrecía.

—¿Unas vistas impresionantes, verdad?

—Sí —contestó Jason —. Se ve toda la ciudad.

—Efectivamente. Me han dicho que hace muy poco que se ha licenciado.

—No hace aún un año.

—Y ya trabaja en el hospital Saint Elizabeths...Y le han encargado su primer trabajo. Un trabajo difícil, ¿no cree?

—Explorar la mente de un enfermo siempre es difícil, Señor Carteret...

—No lo pongo en duda. Voy a serle sincero, Señor Lowe, esperaba que el hospital mandara a alguien más, ¿cómo diría? Más experimentado. No es que dude de sus conocimientos...

—Le comprendo perfectamente —respondió el joven —, yo fui el primer

sorprendido.

—Este caso será muy popular. Los periodistas pelearán por la noticia como buitres tras un trozo de carne podrida. Habrá mucha tensión. Sinceramente, ¿cree que está preparado?

—Sí, lo creo. Esa joven sólo es una persona enferma que busca ayuda como cualquier otro paciente. Es mi obligación darle la ayuda que necesita, esté o no cualificado, lo haré.

—Esa es la contestación que esperaba oír —dijo Carteret sonriendo —. Creo que sus superiores han debido ver lo mismo que yo acabo de observar. Está usted dispuesto a pelear y la palabra derrota no entra en su vocabulario. No quiero robarle más tiempo, Señor Lowe. Le hice venir por un asunto, digamos, un tanto delicado. Nosotros queremos acceder a toda la información que la paciente le refiera. Somos sus abogados y ahora que ella ha procedido a realizar una apelación a su anterior juicio, necesitamos saberlo todo.

—¿Y por qué no se lo preguntan a ella directamente? Son sus abogados, ¿no?

—Ella no ha querido entrevistarse con nosotros todavía. Esta misma tarde, un joven de nuestro bufete irá a visitarla. Si usted nos hiciera este favor le quedaríamos muy agradecidos.

—No sé si sabe que toda conversación entre un psicólogo y su paciente queda bajo el más estricto secreto. ¿Está usted pidiéndome que viole la necesaria confidencialidad que mi cliente espera, para beneficiarles a ustedes? Mi respuesta es no.

—Ambos pensamos únicamente en el beneficio de esa joven. No tenga a mal mi proposición.

—Lamento no poder ayudarles —dijo Jason levantándose —. No sé para quién trabajan ustedes, pero obviamente para esa joven no. Ahora si me perdona, tengo una paciente esperándome. Buenos días, señor Carteret.

Jason abandonó el despacho del abogado bastante ofuscado. ¿Por quién le habían tomado? ¿Por un politicucho que se deja sobornar? Pensó en un chiste que le habían contado en la universidad: ¿Qué es un buen comienzo?...Cien abogados muertos.

Con una sonrisa en los labios salió del edificio y volvió a recorrer las mismas calles por las que había venido a pie, le gustaba andar y aún no tenía un vehículo propio. Paseó hasta llegar a su modesto apartamento en un barrio residencial de la ciudad. Las vistas no eran tan impresionantes como en el despacho de abogados en el que acababa de estar, pero algo

en su interior le hacía sentirse satisfecho. Era su primer intento de soborno y había reaccionado adecuadamente, dejando muy claro qué era lo más importante para él: Su honor.

Sintiéndose así, ¿a quién le importaban las vistas?

...

06.35 PM. miércoles 13 de octubre de 2017. Centro psiquiátrico penitenciario Albertson. Ohio.

Jason esperaba a que uno de los celadores abriese la puerta que comunicaba con las celdas. Estaba en una espaciosa sala, bien iluminada y abarrotada de monitores. En todos ellos se veían vistas de los pasillos, las celdas y distintas estancias del edificio. Cuatro guardias de seguridad vestidos con uniformes oscuros vigilaban las cámaras de seguridad, otro estaba apostado junto a la puerta frente a la cual aguardaba el joven psicólogo.

—Tiene que respetar en todo momento las normas de seguridad. —Le estaba diciendo el vigilante —. Camine por el extremo más alejado del pasillo, junto a la pared de la derecha. No entregue nada a los prisioneros y sobre todo no se acerque a las rejas. ¿Me ha entendido?

Jason asintió con la cabeza.

El celador llegó y pidió por su intercomunicador que abrieran la puerta.

Antes de eso, Jason había tenido que atravesar varios detectores de metales y soportar un registro minucioso de sus pertenencias y de él mismo. Cuando estuvieron satisfechos de que no portaba nada que pudiera suponer un peligro, le dejaron acceder a esa sala. Ahora la puerta se abría para él y la oscuridad de las celdas imponía su propio respeto.

—¿Está consciente? —preguntó el joven.

—Sí, le hemos dado una suave medicación, pero podrá contestar a todas sus preguntas —contestó el celador—. ¿Quiere que le acompañe?

—No será necesario —dijo el joven armándose de valor.

Echó a andar por el pasillo y haciendo caso a las normas que acababa de escuchar, se mantuvo lo más alejado posible de las celdas. Había un olor extraño en aquel pasillo, olía a humedad, a cerrado y a miedo. El miedo

parecía impregnar las paredes de aquél lugar.

Las dos primeras celdas estaban vacías, de la tercera salía un quedo murmullo, algo parecido a una oración, una plegaria en voz muy baja. La cuarta era la que él buscaba.

Había luz en su interior. La joven, Hannah, estaba tumbada en su camastro y leía un libro con mucha atención. Al sentir la presencia del psicólogo, dejo el libro sobre la cama y se incorporó.

Jason se quedó en silencio sin apartar los ojos de la muchacha. Tenía diecinueve años, pero no los aparentaba, parecía mucho más joven. Era menuda y muy delgada y su rostro tan pálido que casi parecía blanco, contrastaba con su oscuro cabello. Sus ojos verdosos se clavaron en él.

La joven le miró con curiosidad manifiesta.

—¿Eres mi abogado? —preguntó con una ligera sonrisa en los labios —. No sabía que hubiera abogados tan guapos.

—No, soy psicólogo —contestó Jason.

—¡Ah! El loquero...Me dijeron que vendrías. ¿Quieres examinarme, doctor? —Ella se acercó a los barrotes de la celda moviéndose sensualmente.

Jason se dio cuenta de que algo no cuadraba en el comportamiento de la joven. Se suponía que era tímida y callada. No esperaba ese despliegue de encantos. Quizás sólo fingía ser otra persona. Tal vez sólo quería jugar un rato.

—Usted no es Hannah Sullivan, ¿verdad? —Aventuró Jason.

—No, esa perra asesina no está aquí.

—Ya lo veo. ¿Cuál es su nombre? —Jason decidió seguirle el juego.

—Arianne...¿Te gusta?

—Mucho, yo me llamo Jason. Es un placer conocerla, Arianne.

—¡Placer!...¿Sientes placer al contemplarme?

A veces era muy duro permanecer al margen. Jason tragó saliva.

—Eres muy tímido, Jason. La timidez no lleva a ninguna parte. Es un

callejón sin salida.

—Me gustaría hablar con Hannah. ¿Cree que podría hablar conmigo?

—¿Qué tiene esa perra que no tenga yo?

Jason tomaba notas mentalmente: El carácter hostil y provocativo, el odio literal hacía la personalidad primaria. Todo ello hacía pensar en un TID, un trastorno de personalidad múltiple. Aunque no podía estar seguro.

—No es que no me lo pase bien contigo, Arianne. Pero ella es mi paciente, ella es la que necesita mi ayuda.

—Ya lo creo. —dijo la joven —Está loca. Como un cencerro...Te dejaré hablar un momento con ella, pero con una condición.

—¿Cuál?

-Te lo diré más tarde —Arianne sonrió lasciva y se volvió hacia el camastro.

El cambio fue espectacular. La nueva personalidad que el psicólogo tenía delante no se parecía en nada a la otra. Jason creyó por un momento que incluso físicamente era distinta.

La joven que ahora tenía enfrente, presumiblemente Hannah, era muy, muy distinta.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Jason Lowe, soy psicólogo y estoy aquí para ayudarla.

Ella parecía confusa.

—¿Es usted Hannah Sullivan?

—Sí.

—¿Sabe dónde se encuentra?

—En la cárcel.

Su voz era dulce. Sus ojos verdes buscaron la mirada del joven y en ellos sólo vio tristeza.

—¿Sabe por qué está aquí?

—Maté a mi familia.

—¿Lo hizo usted?

—No, no lo recuerdo. Tuve que ser yo. ¿Verdad?

—Eso es lo que me propongo averiguar, Hannah.

Capítulo 3

2-Oscuro

—¿Se encuentra con fuerzas para contestar a mis preguntas? —preguntó el joven psicólogo.

La muchacha le miró aterrada

—¿Cree usted que recordaré?

—No lo sé. Quiero ser sincero con usted. La terapia en estos casos es bastante...intrusiva. He de hacer que recuerde todo aquello que le hizo daño. Tiene que buscar en su interior esos dolorosos recuerdos y dejar que afloren a su consciente. No será fácil. La forma en que lo haremos será bajo hipnosis terapéutica. Entrará en un estado de relajación muy profundo y yo le guiaré a través de sus recuerdos.

—Quiero intentarlo...Quiero recordar.
—En ese caso pediré que la trasladen a un lugar donde podamos estar más cómodos. Aguarde un momento, no tardaré mucho.
—No tengo donde ir —contestó la joven sonriendo por primera vez.
Hannah vio alejarse al psicólogo recorriendo el pasillo en dirección a la salida. No estuvo ausente mucho tiempo. Cuando le vio regresar, suspiró de alivio. No sabía por qué, pero se sentía muy tranquila en presencia del joven.
—Arreglado. La trasladarán a otra sala en unos minutos -dijo Jason —. Yo la esperaré allí.
—Gracias.
Jason llegó a la sala que le habían indicado y esperó junto a la puerta. Parecía una sala de interrogatorios, con una mesa central y dos sillas situadas una frente a la otra.
Hannah llegó en unos minutos, acompañada por dos celadores. El joven se fijó en que iba esposada de pies y manos. Al entrar, vio cómo uno de los celadores procedía a quitarle los grilletes y a volver a encadenarla a la mesa. El otro celador, situado tras la joven, vigilaba la operación. Ambos llevaban porras y sprays irritantes y parecían muy competentes en sus obligaciones.
—Gracias, caballeros —dijo Jason —¿Pueden dejarnos solos? Se lo agradecería.
—Cuando termine, pulse ese botón junto a la puerta. Nosotros vendremos a abrirle —dijo uno de los celadores. Luego ambos salieron de la sala.
Jason se sentó en la silla frente a la joven. Abrió su maletín y saco un bloc de notas y una grabadora.
—No le importará que grabe la conversación, ¿verdad? Eso me ayudará

más tarde.
—No, claro que no —contestó Hannah.
—Bien.
Jason apretó un botón de la grabadora y esta emitió un ligero ronroneo.
—Doctor Jason Lowe, primera sesión con la paciente, Hannah Sullivan, Diecinueve años de edad —. La voz de Jason sonó alta y clara —. Hannah, cierre los ojos y respire profundamente...Concéntrese en mi voz. Tome aire profundamente, reténgalo y ahora expúlselo muy lentamente. Sienta como sus músculos se van relajando... Vuelva a respirar, bien, aguante y suéltelo de nuevo...Su cuerpo está pesado. Nota un agradable cansancio en los músculos de sus piernas y de sus brazos... Cuando cuente hasta tres notará un profundo sopor. Relájese, respire aún más profundamente.
Jason vio cómo la joven se iba relajando. Su respiración se hacía más acompasada.
—Hannah, quiero vea a su familia, a sus padres, a sus hermanos. Es muy temprano, por la mañana y acaba de despertarse. Nota el sol en sus párpados, es un precioso día de primavera. Hoy es quince de mayo, Hannah. El año es el dos mil trece....Se encuentra muy a gusto y relajada. Dígame qué están haciendo sus padres.
—Están preparando el desayuno. Papá está haciendo zumo de naranja. Huele a naranjas recién exprimidas. Mamá está en la cocina. Ella prepara los cereales para Jack. Los de chocolate y miel son los que más le gustan.
—¿Sus hermanos dónde están?
—Están todos sentados a la mesa. Harriet y Helena están riéndose y Jack me pregunta algo. Quiere saber cuánto falta para las vacaciones de verano. El bebé está en su cuna, duerme.
—¿Qué es lo que sucede ahora, Hannah?
—Suena el teléfono, es el móvil de papá. Es una llamada del trabajo. Lo coge, se le ve preocupado. Algo pasa.
—¿Su padre parece nervioso?
—No, sólo molesto. Dice que le han cambiado el turno, tendrá que trabajar de noche y eso no le gusta.
La joven cambió de expresión súbitamente.
—¿Qué ocurre, Hannah?
—Hay algo raro... Hay alguien en casa.
—¿Quién es, Hannah? ¿Cómo ha entrado en la vivienda?
—No lo sé, ya estaba dentro... Está detrás de mis padres y... Tiene algo en la mano...
—¿Qué tiene en la mano, Hannah?
—No puedo verlo, es...¡es un cuchillo!
Hannah empezó a agitarse en la silla, su respiración era entrecortada. Jason sabía que debía aguantar un poco mas antes de despertar a la muchacha. Ese era el momento clave, cuando los recuerdos reprimidos podían aflorar.
—No, no quiero verlo...¡Nooo!
—Hannah, despierte...contaré hasta tres y despertará...Uno, dos y...
La joven abrió los ojos de repente. Unos ojos llenos de ira.
—No sé por qué se empeña en llamarme así, yo no soy Hannah...

—¿Arianne?
—Hola de nuevo, doctor. ¿Le divierte hacer sufrir a ésa idiota?
—No la hacía sufrir, estoy tratando de ayudarla.
—Si quiere puede ayudarme a mí. Hace muchísimo tiempo que nadie me consuela, estoy un poquito desesperada...
La joven hizo intención de levantarse, pero las esposas le impidieron moverse.
—Arianne, me gustaría volver a hablar con Hannah.
—Creo que va a ser imposible, de momento. Hannah sigue allí, la pobrecita.
Había de todo menos compasión en el tono de voz de Arianne.
—¿Tú sabes lo que pasó?
—Claro. Compartimos la mente además del cuerpo. Yo sé todo lo que hace y piensa esa inútil. Y créeme, a veces es desesperante.
—Por qué no me cuentas lo qué pasó. Seguro que tú lo sabes mejor que ella.
Jason había decidido utilizar a la némesis de la joven Hannah. Era su mejor baza.
—No, creo que no.
—Estoy empezando a dudar de que lo sepas. Te gusta mucho presumir, pero creo que no sabes nada
—¿Es esa una nueva táctica psicológica? ¿Me tomas por idiota? Si quieres saber lo que pasó, tendrás que ganártelo, doctorcito. Todo tiene un precio.
—Bien, ¿y qué tengo que hacer?
—Jugar a un jueguecito. ¿De verdad quieres jugar? Será muy divertido.
—Jugaré.
—Valiente sí que eres. Aún no sabes de qué trata el juego. Acércate, te lo diré al oído.
Jason sabía que no podía fiarse de la joven, pero estaba dispuesto a arriesgarse. Se acercó lo suficiente para que ella le hablara al oído y fue entonces cuando sintió los labios de ella en los suyos. Jason se retiró de inmediato. Tenía que haberlo adivinado.
—Perdón...Perdón —dijo riéndose —. No he podido evitarlo.
—¿Vas a contármelo ahora?
—Tal vez...Vale, de acuerdo. Fue ella, esa chiflada fue quien mató a toda su familia.
—A lo mejor fuiste tú —dijo Jason, tomando de nuevo las riendas.
—¿Yo?...—Arianne puso cara de asombro—. Quizás sí.

Capítulo 4

Image not found.

3-Control

Jason se encontraba sentado en el sofá de su apartamento. Estaba a punto de escuchar la grabación que había efectuado en el penitenciario. Aún tenía dudas acerca del comportamiento de su paciente, pero estaba casi convencido de que se trataba de un trastorno de identidad disociativo.

Leyó las notas que había tomado en su libreta de apuntes:

Presencia de dos identidades claramente identificables. Posiblemente más, aunque por ahora permanecen ocultas.

Una de esas personalidades controla el comportamiento de la paciente. Esta última no parece ser consciente de la existencia de la otra.

Serios problemas cognitivos. Hannah no recuerda nada del incidente ocurrido en su infancia. Bajo hipnosis terapéutica presenta un cuadro de

pánico y de evidente angustia.

La personalidad de Arianne es totalmente distinta a la de Hannah.

Muy, muy diferentes, se dijo Jason arrojando la libreta sobre el sofá. Y él se había comportado como un novato. Arianne sabía más de lo que contaba, pero no había estado a la altura y no logró hacerla confesar. Había enfocado mal la sesión.

Pulsó el botón de la grabadora y el ruido blanco pareció llenar la habitación. Luego sus palabras sonaron fuertes.

—Doctor Jason Lowe, primera sesión con la paciente, Hannah Sullivan, Diecinueve años de edad... Hannah, cierre los ojos y respire profundamente...

Escuchó atentamente la grabación, pensando en su fracaso.

—Concéntrese en mi voz. Tome aire profundamente, reténgalo y ahora expúlselo muy lentamente. Sienta cómo sus músculos se van relajando... Vuelva a respirar, bien, aguante y suéltelo de nuevo...Su cuerpo está pesado. Nota un agradable cansancio en los músculos de sus piernas y de sus brazos... Cuando cuente hasta tres notará un profundo sopor. Relájese, respire aún más profundamente...Hannah, quiero vea a su familia; A sus padres, a sus hermanos. Es muy temprano, por la mañana y acaba de despertarse. Nota el sol en sus párpados, es un precioso día de primavera. Hoy es quince de mayo, Hannah. El año es el dos mil trece....Se encuentra muy a gusto y relajada. Dígame qué están haciendo sus padres...

—Morir.

Jason dio un respingo, paró la grabación y apretó el botón de retroceso. Luego volvió a pulsar el botón play.

—Morir.

No era la voz de Hannah, ni tampoco la de Arianne. Era casi un susurro, una voz femenina bastante grave. ¿Por qué no había sido capaz de escucharla en el penitenciario?

Jason continuó escuchando la grabación, ahora mucho más atentamente. Él continuaba haciéndole preguntas a la joven y llegó a otro punto donde la extraña voz volvía a oírse.

—¿Qué es lo que sucede ahora, Hannah?

—Déjala en paz, ella es mía...

Aquello no era posible. No, no lo era. Debería haberlo escuchado, estaba junto a la joven, prestando atención a todo lo que decía. Era imposible que no hubiera captado aquellas palabras.

La grabación continuaba y casi al final de la misma, aquella misteriosa voz volvió a hablar.

—No, no quiero verlo...¡Nooo!

—Esto no es un juego, Jason. ¡Esto no es un maldito juego!

Jason estaba muy confuso. Aquella demoníaca voz le ponía los pelos de punta. Él nunca había creído en esas absurdas historias de personas poseídas, todo tenía una explicación, hasta las cosas más extrañas siempre podían explicarse de una manera racional. No, no era posible. Su mente le estaba gastando una jugarreta. Seguro que había alguna explicación...

—Reacciona, imbécil —se dijo a sí mismo en voz alta. —Piénsalo detenidamente, no está poseída, ni es un jodido fantasma...¿Entonces qué es?...Es ella. Claro, es otra de sus personalidades. Una oculta y bastante poderosa por lo que parece...

Tenía que volver a hablar con Hannah. Esta vez sacaría a la luz a esa esquiva identidad. Ahora ya sabía lo que tenía que hacer.

21.35 PM. Centro psiquiátrico penitenciario Albertson.

Thomas Bennet llevaba esperando cerca de tres horas en el penitenciario y parecía que nadie se preocupaba por su presencia. Había visto salir al joven psicólogo hacía ya dos horas y aún no le habían avisado para entrevistarse con Hannah. Su cita era a las siete y el abogado empezaba a impacientarse.

—¿Señor Bennet? Haga el favor de acompañarme.

Un celador había aparecido ante la puerta de la sala en la que esperaba e hizo un ademán para que le siguiera.

—Ya era hora, maldita sea — Refunfuñó por lo bajo.

—Ha sido la reclusa la que ha solicitado su presencia. Nosotros no podemos obligarla en ningún momento —contestó el celador un poco

amoscado.

—Ya, lo comprendo. Discúlpeme, la paciencia no es uno de mis dones.

Bennet siguió al celador a través de un largo corredor hasta llegar a una sala llena de monitores.

—Las reglas son...—empezó a decir el celador.

—Ya, ya. Conozco las reglas, no es la primera vez que visito a un recluso... —le interrumpió Bennet.

—En ese caso no hará falta que le acompañe, ¿verdad?

—No, no es necesario.

El celador abrió la puerta que daba al pasillo de las celdas y dejó que el abogado entrara.

Bennet avanzó por el pasillo hasta llegar a la celda de la joven con la que estaba citado. La luz permanecía encendida y Hannah estaba tumbada sobre la cama.

—Buenas noches —dijo el joven —Me llamo Thomas Bennet y trabajo para la firma Barton & Carteret, soy el abogado que ha solicitado.

Hannah no se molestó en mirarlo. Su mirada permanecía fija en el desconchado techo de la celda.

—Ah, sí. Mi abogado.

Thomas carraspeó incómodo. Aquella joven no se parecía en nada a como se la habían descrito. Incluso su voz tenía un matiz muy poco femenino.

—Señor...¿Cómo dijo que se llamaba?

—Bennet, Thomas Bennet.

—Sí, Señor Bennet. ¿Piensa usted sacarme de aquí?

—Antes de nada, me gustaría escuchar su declaración. Lleva cuatro años encerrada sin hablar con nadie, me interesaría mucho oír lo que tiene que decirnos. Empiece por el principio, por el día que sucedieron los hechos.

—¿Los hechos? ¿Se refiere usted a cuando asesiné a toda mi familia?

—¿Lo...Lo hizo?

—Claro, acabé con todos ellos...¿Quiere que le cuente los detalles? ¿Quiere saber cómo acabe con la vida de mis hermanos? ¿Cómo ahogue al bebé llorón en la bañera? ¿Cómo degollé a mi hermanito antes de amputar todos sus miembros? ¿Es eso lo que quiere oír?

Bennet había retrocedido un paso. Aquella joven acababa de confesar todos sus crímenes y él no estaba preparado para ello.

—No tenga miedo, señor Bennet. No hice ninguna de esas cosas. Eso es lo que la gente piensa de mí...Lo importante es lo que usted llegue a creer. Debe creer en mi inocencia.

Thomas suspiró aliviado. Por un momento había llegado a pensar que esa joven era verdaderamente la asesina. Más relajado, volvió a acercarse a la celda.

—Nosotros creemos en su inocencia. Pero usted debe darnos los detalles de lo sucedido aquel día.

—Se lo contaré todo. Porque créame, me acuerdo perfectamente de todo.

Capítulo 5

11.23 PM. 14 de octubre del 2017. Centro psiquiátrico penitenciario Albertson

—Doctor Jason Lowe, segunda sesión con la paciente Hannah Sullivan.

Con ella o con cualquiera de las otras personalidades, aún no sabía quién era la joven que tenía delante.

—¿Hannah? —La joven se encontraba de nuevo en la misma sala de interrogatorios que la vez anterior.

—¿Sí, doctor?

—Puede llamarme Jason, si quiere.

Ella bajó la vista tímidamente.

—Hannah, ¿conoce usted a alguien que se llame, Arianne?

En la mayoría de los casos, la personalidad primaría, en este caso, Hannah, no suele reconocer a las otras identidades que comparten su mente y su cuerpo.

—He oído hablar de ella, aunque no sé quién es. El psiquiatra de la prisión me dijo que podía tener personalidad múltiple. Me hicieron un examen psicológico cuando salí del coma...¿Usted creé que es posible?

—Sí, Hannah, ayer hablé con ella.

—¿Entonces es cierto? ¿Estoy loca...?

—No, Hannah, usted no está loca. Sólo presenta un trastorno de personalidad. Yo estoy aquí para ayudarla. Hay terapias que pueden servirle. Ante todo debe comprender que esas otras identidades son una parte de usted. No son personas extrañas, son otras facetas de su propia personalidad. El trauma que usted vivió en su infancia fue el detonante de su enfermedad.

—¿Creé usted que pudo ser Arianne, la que...la que hizo eso?

—¿Se refiere al asesinato de su familia?...Aún no dispongo de los datos necesarios. Arianne tiene una personalidad más, ejem...Más sensual que la suya, pero eso no significa que fuera ella la que tuvo algo que ver con

el incidente de su familia. Durante la sesión de hipnosis dijo usted que había alguien más en la casa, ¿puede recordar algo más?

—No, sólo recuerdo que vi a alguien detrás de mis padres. Creí que podría tratarse de un hombre, aunque no estoy segura. Tuve como un flashback. Las visiones se sucedían unas a otras muy rápido. No acerté a distinguir a nadie claramente. Sentí mucho miedo y luego...nada.

—Necesito volver a hablar con esa otra personalidad, Hannah. Creo que Arianne podría actuar de desbloqueante.

—Pero, yo no sé cómo hacerlo... No creo ser capaz...

—Tendría que volver a hipnotizarla. ¿Confía en mí?

—Sí, Jason. confió en...Confío en ti.

...

Jason había vuelto a hipnotizar a la joven. Arianne apareció casi de inmediato.

—Hola de nuevo, doctor. Me has echado de menos.

—Siempre es agradable hablar contigo. Arianne.

—Te gusto, ¿verdad? Si no fuera por estas cadenas, podríamos divertirnos un rato, ¿por qué no pides que me las quiten?

—En realidad no he venido a hablar contigo, Arianne. Sé que hay alguien más ahí con vosotras. Me gustaría hablar con ella.

—Eso es imposible...Aquí sólo estamos la estúpida y yo—Arianne se había puesto muy nerviosa.

—Eso no es cierto. Ella ya ha hablado conmigo.

—No te creo...Ella no habla nunca con nadie — Arianne forcejeaba con los grilletes que la encadenaban a la mesa —Te hará daño y no quiero que lo haga. Mejor vete, no quiero seguir hablando.

—Quiero intentarlo, Arianne. Puede que ella sepa lo que ocurrió aquel día.

—Ella lo sabe todo, pero es peligrosa.

—Creo que correré ese riesgo.

Arianne cerró los ojos. Su respiración era agitada, el sudor perlaba su frente y su cuerpo parecía encogerse de dolor o...de miedo. En un momento dado, Arianne trató de ponerse en pie, pero los grilletes se lo impidieron. Su cuerpo se convulsionaba con violentos espasmos. Aquello era lo más parecido a una posesión diabólica y si Jason no hubiera sido todo lo pragmático y descreído que era, habría acabado creyendo que de eso mismo se trataba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el psicólogo en voz alta.

Un gruñido escapó de la boca de aquello que tenía delante y que había dejado de ser humano. El cabello cubría su rostro y dejaba entrever unos ojos inyectados en sangre. Sus manos parecían garras aferrando las cadenas, tirando con fuerza de ellas. Jason se echó hacía atrás instintivamente al ver cómo aquel desencajado rostro fijaba en él su mirada.

—Te dije que la dejaras en paz —gruñó aquello. Su voz rasposa, como la voz de un fumador empedernido.

—Dime tu nombre...—repitió Jason aún más alto.

La que antes fuera una joven tímida y tranquila se arrojó contra el psicólogo con violento ímpetu. Sólo las cadenas impidieron que sus garras alcanzaran a Jason, pero el impacto fue tan fuerte que retumbó en la sala.

Uno de los celadores se asomó a la pequeña ventana de la puerta de seguridad.

—¿Está usted bien? —le preguntó.

—Sí, sí. Perfectamente —respondió Jason haciendo un gesto para tranquilizarle. Luego volviéndose a la paciente grito de nuevo: —Dime tu nombre. ¡Dímelo!

—Voy a matarla.

—Si ella muere, tu también morirás. Formáis parte de la misma persona.

—Eso es lo que tú crees, doctor Jason Lowe. Pero no tienes ni idea. No conoces nada, no sabes quién soy.

—¿Quién eres, dímelo? —Jason se acercó hasta ella, justo hasta donde consideraba seguro.

—Yo soy el mal...